

LA ECONOMÍA SIMBÓLICA DE GUANTÁNAMO

Los monos de color naranja y las cabezas encapuchadas de quienes se manifestaban ante la sede de Naciones Unidas el Primero de Mayo de 2006 eran instantáneamente reconocibles: los uniformes de los presos de Guantánamo se han convertido en el nuevo logotipo mundial de la guerra de Washington contra el terrorismo. Casi tres meses después de que la Comisión de Derechos Humanos (CDH) de Naciones Unidas exigiera el cierre inmediato del Centro de Detención de la Bahía de Guantánamo por incumplir las leyes internacionales, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no había tomado medida alguna; el secretario general Kofi Annan incluso había intentado retrasar la publicación del informe de la CDH¹. Un senador estadounidense que, de manera bastante razonable, comparó los resultados de un informe del FBI —«entré en las salas de entrevistas y me encontré un detenido atado de pies y manos, en posición fetal, en el suelo, sin silla, comida ni agua. La mayoría de las veces se orinaban o defecaban encima, y llevaban allí 18-24 horas o más»— con informes sobre las torturas nazis o soviéticas, se sintió obligado a disculparse de inmediato². Guantánamo es un secreto vergonzoso y un emblema público de poder, al que Washington se aferra con extraordinaria tenacidad.

¿Cómo debemos explicar la importancia que para Estados Unidos tienen estas instalaciones primitivas pero objeto de una enorme publicidad? Se reconoce en general que cualquier «información» arrancada de los pobres desgraciados allí retenidos no tiene importancia para rastrear o detener operativos de Al Qaeda. ¿Podría ser que Guantánamo, en su mutación de base militar a campo de tortura televisado, designe un nuevo punto en el mapa de la economía simbólica mundial? ¿Que las prácticas allí empleadas revelen las primeras fases de una industria de la seguridad emergente, basada en principios muy distintos a los de los sistemas existentes, esto es, basada en producir un nuevo tipo de «servicios de inteligencia» para la seguridad en una edad de medios de comunicación mundializados?

¹ UN HRC Report, «Situation of detainees at Guantánamo Bay», 15 de febrero de 2006.

² «US Senate Floor Statement by Sen. Dick Durbin», 14 de junio de 2005: véase www.durbin.senat.gov/gitmo.cfm

Percibido desde este punto de vista, Guantánamo manifiesta una forma específica de control del trabajo. Mientras que la esclavitud extraía el trabajo a humanos calificados de bienes muebles, y el sistema salarial convirtió la fuerza de trabajo de un trabajador en una mercancía negociada en el mercado, por extensión, la industria de la seguridad extrae la materia prima de la información buscada por los servicios de inteligencia de seres humanos que son menos que bienes muebles; que no tienen más condición jurídica que la de infinitamente detenidos. De acuerdo con un análisis coste / beneficio, es difícil imaginar un modo de producción más rentable. Aparte de las inversiones en infraestructura (la alambrada de tela metálica, los grilletes, el suelo de cemento) y mínimos desembolsos en concepto de servicios y mantenimiento (las capuchas y monos, los interrogadores, la dieta musulmana), la información buscada por los servicios de inteligencia puede obtenerse de manera prácticamente gratuita. Una vez obtenida, alimenta el crecimiento exponencial del apetito estadounidense por la seguridad, y el de una industria para suministrarla.

Al contrario que los presos de una colonia penal, no se espera que los detenidos de Guantánamo sean productivos en el sentido tradicional. No están allí para talar árboles, recoger algodón, picar piedra o construir carreteras. Y nunca van a competir con los presos del continente que se ganan sus peniques cosiendo vaqueros y atendiendo centrales de llamadas. Encadenados al suelo, los detenidos se conservan para obtener información secreta del mismo modo que la industria farmacéutica «conserva» animales para la producción de fármacos, o incluso órganos para un posible trasplante a humanos. No sorprende que en países en los que los efectos combinados de la crisis agrícola y los programas de ajuste estructural han dejado cientos de miles de indigentes las personas sean utilizadas para obtener órganos, ya sea voluntariamente (el agricultor indio sin tierra que vende un riñón para alimentar a su familia) o involuntariamente (el recluso chino cuya ejecución proporcionará una cosecha de órganos al por mayor).

La información extraída de los prisioneros de Guantánamo no es una mercancía como un riñón en el mercado mundial de órganos. Por el contrario, es enviada a los diversos organismos e instituciones que producen seguridad tanto en un sentido material, junto con infraestructuras de personal y armas, como en la ideología que invade nuestro discurso cotidiano. La CIA, el FBI, la NSA, el Pentágono y otros organismos compiten por el acceso a información secreta del mismo modo que las empresas capitalistas compiten por otros tipos de materias primas. El público estadounidense consume ideología de la seguridad en igual medida que consume noticias por cable las 24 horas. Los niveles de esta seguridad se estudian de cerca y las fluctuaciones que experimenta hora a hora se calibran en función de cómo afectan a las carteras bursátiles. El sufrimiento y el hundimiento mental de los detenidos se compensa con el bienestar del estadounidense medio: deben quedarse allí para conservar la paz y la prosperidad de la ciudadanía. La seguridad se ha convertido en el complemento vitamínico diario de Estados Unidos.

Como ocurre con la mayoría de los sectores de actividad durante su periodo emergente o naciente, el despilfarro no parece importar cuando se trata de recoger información para la guerra contra el terrorismo. Millones de barriles de petróleo se fueron por los surtidores en el momento culminante del sector petrolífero. Y la calidad tampoco es un factor determinante. Carece de importancia que los detenidos balbuceen, confiesen algo, den información falsa o contradictoria. Lo que importa es acorralar al mercado, expulsar a la competencia, ser el proveedor dominante en el mundo. La dinámica capitalista influye en esto. En su contribución al debate contra la guerra, el grupo Retort sostiene que la ocupación anglo-estadounidense de Iraq sólo está parcialmente destinada a garantizar el control de los recursos petrolíferos mundiales³. Por el contrario, la guerra es un motor de acumulación primitiva que, sin dejar de ser un proceso «incompleto» y «recurrente», sigue siendo esencial para mantener la vida del capitalismo. En consecuencia, el capital sale a saquear riquezas por todo el mundo. Pero también mira «dentro, en las profundidades del tejido social, en busca de recursos comunes que desmenuzar. ¿Cómo, si no, entender la realidad presente del patentado de formas de vida?». ¿No podríamos añadir la expropiación de información sensible para los servicios de inteligencia como otro ejemplo del impulso capitalista por explotar un recurso interno, de hecho el más íntimo?

En la era de los satélites espía y de los omnipresentes circuitos de televisión cerrados, las tecnologías para el nuevo modelo de extracción de información sensible para los servicios de inteligencia parecen deliberadamente burdas; se halla lejos del sistema de control cerebral imaginado por Philip K. Dick en *Minority Report*, en el que el Estado policial recoge información secreta de mutantes enanos llamados *pre-cogs*, para asestar golpes preventivos a los delincuentes. Al contrario que los detenidos de Guantánamo encadenados sobre sus propios excrementos, los *pre-cogs* flotan despreocupadamente en un baño amniótico, como fetos. Su cuerpo no es más que un apéndice rudimentario del cerebro, el único órgano que importa, y del que los *pre-cogs* ofrecen una cosecha de información perpetua.

En 1973, Ursula K. Le Guin publicó un experimento mental titulado «The Ones Who Walk Haway from Omelas» [Los que abandonan Omelas]⁴. Un día de sol radiante, una comunidad utópica celebra su satisfacción y su prosperidad; Le Guin describe los verdes campos, la ciudad adornada con estandartes, la música y los rostros sonrientes. La felicidad de Omelas, sin embargo, no deriva de la obvia generosidad de la tierra ni de la sociabilidad de los habitantes. Por el contrario, su fuente radica en el destino terrible de un niño al que los aldeanos han encerrado en un só-

³ RETORT (Iain Boal, T. J. Clark, Joseph Matthews, Michael Watts), *Afflicted Powers. Capital and Spectacle in a New Age of War*, Londres, 2005.

⁴ Ursula K. LE GUIN, «The Ones Who Walk Haway from Omelas», *The Wind's Twelve Quarters*, Nueva York, 1973.

tano oscuro. «Podría ser un niño o una niña. Aparenta unos seis años, pero en realidad tiene casi diez [...] Está desnudo. Las nalgas y los muslos son una masa de úlceras supurantes, porque continuamente se sienta sobre su propio excremento». El niño no es un secreto: «Todos saben que está ahí, todos los habitantes de Omelas». Es más, «saben que tiene que estar ahí»:

Todos entienden que su felicidad, la belleza de la ciudad, la ternura de sus amistades, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus eruditos, la habilidad de sus artesanos, hasta la abundancia de sus cosechas y el clima benigno de sus cielos, dependen por completo de la abominable desgracia de este niño.

Los habitantes de Omelas no están necesariamente satisfechos. Muchos sienten «asco» ante el destino del niño; sienten «ira, ultraje, impotencia, a pesar de todas las explicaciones». Pero también temen que, si sacaran al niño a la luz del sol, «la prosperidad y la belleza y el placer [...] se marchitarían y serían destruidos». Así que racionalizan el encarcelamiento continuado: el niño está «demasiado degradado», «demasiado estupidizado» para liberarlo; echaría de menos su prisión. Del mismo modo, funcionarios estadounidenses informaron al *New York Times* de que los detenidos de Guantánamo podrían ser «utilizados inadecuadamente» si los liberaran⁵. Omelas, como explica Le Guin, es un anagrama de Salem, Oregón; Cualquierlugarville, Estados Unidos.

Entregas

En el nuevo sistema proliferan los secuestros de Estado. De acuerdo con el *New York Times*, Estados Unidos ya ha raptado a más de cien civiles. Entre ellos se encontraba el ciudadano alemán Khaled el-Masri, sacado de un autobús de turistas que se dirigía a Skopje, capital de Macedonia. Las autoridades macedonias pronto lo entregaron a funcionarios que a él le parecieron estadounidenses, quienes lo trasladaron en avión a una cárcel de Afganistán donde «los interrogadores le pusieron grilletes, le golpearon en repetidas ocasiones, le fotografiaron desnudo, le inyectaron drogas y lo interrogaron»⁶. Cuando la prensa europea preguntó a la secretaria de Estado por el tema de la entrega —la práctica por la cual agentes estadounidenses capturan a un ciudadano extranjero y lo entregan a otro país para que lo interroguen—, sus funcionarios pudieron señalar que Reino Unido, Alemania, Polonia y otros países habían actuado en connivencia durante años. Los destinos más comunes de los «sospechosos entregados» son Egipto, Marruecos, Siria y Jordania, todos los cuales han sido citados por el Departamento de Estado por sus violaciones de los derechos humanos, y son famosos por sus cámaras de tortura.

⁵ *The New York Times*, 30 de abril de 2006.

⁶ *The New York Times*, 9 de enero de 2005.

Otra víctima fue Mamdouh Habib, ciudadano australiano nacido en Egipto. Detenido e inicialmente interrogado en Pakistán, Habib fue entregado a estadounidenses, dos de los cuales llevaban unos tatuajes llamativos: «Uno representaba una bandera estadounidense sujeta a un mástil en forma de dedo, el otro una cruz enorme». Sometido a toda una serie de torturas, Habib fue «golpeado a menudo con instrumentos romos, incluido un objeto que él asoció con un “aguijón eléctrico para ganado”». Al final lo liberaron después de tres años de penurias en Guantánamo. De acuerdo con un analista, se había convertido en un caso «absolutamente injustificable». Al parecer, en realidad no sabía nada. Maher Arar, canadiense nacido en Siria, fue apresado mientras hacía trasbordo en el aeropuerto JFK de Nueva York. Después de interrogarlo durante trece días, los estadounidenses le «pusieron esposas y grilletes [...] y lo trasladaron a un avión de ejecutivos». Tras un vuelo tortuoso a Amman, la «Unidad de Traslados Especiales» lo llevó en camión a Siria. Una vez allí, lo azotaron «con cables eléctricos de dos centímetros de grosor, y le mantuvieron [...] en una celda subterránea sin ventanas que comparó con una tumba». Como Habib y Masri, Arar fue finalmente liberado sin cargos⁷.

Dilauar, taxista afgano de 22 años cuya ruta lo hizo pasar por delante de una base estadounidense el día en que ésta fue bombardeada por la resistencia, no tuvo tanta suerte. Apresado como sospechoso de terrorismo, Dilauar fue trasladado a Bagram, donde lo encadenaron al techo de la celda durante cuatro días. Repetida y duramente golpeado en las piernas, a veces lo bajaban y le ordenaban permanecer de pie o sentado para después golpearlo con más fuerza y propinarle brutales patadas en la entrepierna porque le habían fallado las destrozadas piernas. Devuelto a su celda, volvieron a colgarlo del techo y lo dejaron morir. El informe del juez instructor dice que Dilauar murió de paro cardíaco y que tenía «las piernas prácticamente hechas papilla», a pesar de que «cuando lo llevaron al último interrogatorio, la mayoría de los interrogadores estaba convencida de que el detenido era inocente»⁸. El destino de sus tres pasajeros no fue mucho mejor: una estancia de quince meses en Guantánamo.

Un abogado que representa a algunos de los detenidos sostiene que, al aplicarles la categoría de «combatiente enemigo ilegal», el gobierno estadounidense puede mantener a los detenidos «fuera de la ley». ¿Pero está el sospechoso de terrorismo fuera de la ley o es, como lo define Giorgio Agamben, un *homo sacer*: aquel «al que es posible matar pero no sacrificar»; un ser cuya exclusión de la ley es exactamente el medio por el cual se constituye la ley? En juego está aquí una idea de soberanía basada en distinguir el simple hecho de la vida —«nuda vida» en sí— de la *polis*. Pero el acto de convertir la nuda vida en el estado de excepción que cimienta toda la ley también incorpora a aquella al orden político. ¿No

⁷ Véase Jane MAYER, «Outsourcing Torture», *The New Yorker*, 14 de febrero de 2005.

⁸ *The New York Times*, 20 de mayo de 2005.

se convirtió Dilauar en *homo sacer* debido al estado de excepcionalidad que cubre Bagram? El referente histórico de Agamben es el campo de concentración nazi, pero cuando distingue el campo de una cárcel bien podría tener a Guantánamo en mente: «Mientras que la ley carcelaria sólo constituye una esfera de las leyes penales y no se encuentra fuera del orden normal, la constelación jurídica del campo es [...] la ley marcial y el estado de sitio». Entre los efectos más sombríos de las Leyes Patrióticas I y II se encuentra el modo en que sirven para introducir a los sospechosos de terrorismo en el limbo jurídico de los proscritos. Como señala Agamben, «quien ha sido proscrito no se deja, de hecho, simplemente fuera de la ley y se hace indiferente, sino que se convierte en alguien “abandonado” por la ley»⁹. Ciertamente, el detenido, atado en posición fetal, tendría que sentir que la vida y la ley se han vuelto indistinguibles, si no indiferentes.

Parece que Estados Unidos se está convirtiendo en el país del feto, tanto el sagrado como el proscrito. Además de los fetos que los contrarios al aborto portan de asamblea en asamblea, ¿no se podría considerar a Terri Schiavo, clínicamente muerta, en cierto sentido un feto? «Mejor equivocarse del lado de la vida», dijo George Bush acerca del cuerpo inerte de Schiavo. Para la derecha cristiana, Schiavo era un feto sagrado, cuya muerte se recordará para siempre como un sacrificio; una mártir de la guerra santa contra el aborto. Para otros –incluido, al parecer, el marido– era simplemente un cadáver cuyos órganos seguían funcionando. El caso de Schiavo dramatizó la polarización de Estados Unidos con respecto a la definición de vida y muerte. Pero su categoría de feto sagrado ha sido rápidamente sustituida en la psique estadounidense por la producción masiva de fetos microscópicos en las clínicas de fertilidad. El *Homo sacer* ha emigrado a la genómica. ¿Habrá que matar ahora a miles de embriones en el intento de desarrollar remedios para los mayores? ¿O es cada grupo de células un ser cuyo asesinato reverberará en toda la nanosfera como un crimen y un sacrificio?

Preferiría no

¿Pueden los estadounidenses –tan dispuestos a convertir la vida del enemigo en lo proscrito y lo excluido, y la «previda» en lo sagrado– imaginar una forma de vida que se resista a ser usada como estrategia de la soberanía? En la Omelas de Le Guin, hay algunos individuos que sencillamente se van: son los que abandonan la ciudad. Para Agamben, la posibilidad de romper el poder de la excepcionalidad reside en la potencialidad: aquello que tiene la capacidad de «no convertirse en realidad», de hecho «la potencialidad de no (ser o hacer)». Esto puede sugerir un quietismo moralmente insostenible en un país en guerra; Bartleby, el escribiente descon-

⁹ Giorgio AGAMBEN, *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*, Stanford, 1990 [ed. cast.: *Homo sacer*, Valencia, Pretextos, 1998].

certantemente obstruccionista de Melville, ofrece otro ejemplo¹⁰. «Preferiría no» [*I would prefer not to*] es el dicho que Bartleby repite diez veces en el cuento. Cada vez sus palabras agujerean el texto con la fuerza de una bomba que explota. Bartleby, copista de profesión, emite este desafío pasivo cuando el jefe, un abogado, le pide que corrija el trabajo de sus compañeros copistas. Después, cada vez que a Bartleby le piden que haga algo, presenta esta negativa expresada de modo extraño. Al final, no está dispuesto a corregir, a copiar, a hacer recados, a tomar un empleo distinto ni a desalojar el bufete del abogado. Significativamente, el negativismo de Bartleby tiene un curioso efecto en su empleador, que no se siente con fuerzas para enfrentarse al empleado. De hecho, el abogado pasa días enteros vagando por la ciudad para evitar encontrarse cara a cara con el recalitrante remolón agazapado en su despacho.

No podría haber una afirmación y una negación más exasperante del *homo sacer*. Exiguo en todo –ropas, cuerpo, alimento, movimientos, espacio para vivir–, Bartleby se encuentra a un suspiro de la «nuda vida» caracterizada como excepción necesaria de la soberanía. Para Gilles Deleuze es «un ser y nada más»¹¹. Aquí, el «preferiría no» de Bartleby se interpreta como algo rigurosamente literal; pero el abrupto final «no» sugiere una indecisión incómoda. Deleuze atribuye el efecto inquietante a su agramaticalidad. En inglés, el infinitivo se deja a la mitad [debería ser *not to do it*], llevando al límite el sentido del lenguaje, muy cerca de donde se convierte en galimatías. Esto contrasta con el de Jum, el jefe indio de la selva peruana descrito en *La casa verde* de Mario Vargas Llosa: «Sus labios morados disparan ruidos ásperos y escupitajos. Replica, áspero y gesticulante, escupiendo y gesticulando»¹². Jum entra y sale del relato, manifestando su causa en lo que a los soldados y a los caucheros les parece un galimatías. Jum habla una lengua extranjera y de esa forma queda asignado a la absoluta «otredad». Visto como subhumano, cae fuera de la ecuación que articula la nuda vida con la soberanía. Las palabras de Bartleby tienen en sí una extrañeza vernácula, pero no son completamente ajenas. La agramaticalidad, sostiene Deleuze, «horada» la lengua ordinaria y la abre a algo percibido como ajeno, pero que de hecho puede ser completamente originario. Por contraste, la lengua extranjera de Jum no inquieta ni obstruye, porque no funciona dentro de la lengua dominante para deshacerla.

¿Qué ocurre entonces con el detenido en Guantánamo que habla bajo interrogatorio y a través de un intérprete? En un lugar intermedio entre Bartleby y Jum, la lengua del detenido es secuestrada y convertida en inteligible. Pero en la ecuación no entran sólo la gramaticalidad de la expresión ni la geometría de la relación enunciativa. Existe también el aspecto físico

¹⁰ H. MELVILLE, *Great Short Works of Herman Melville*, editado por Warner Berthoff, Nueva York, 2004 [ed. cast.: *Bartleby, el escribiente*, Madrid, Akal, 1998].

¹¹ Gilles DELEUZE, *Critique et clinique*, París, 1993 [ed. cast.: *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 1997].

¹² Mario VARGAS LLOSA, *La casa verde*, 1966.

de la voz, que es sólo parte de una materialidad más amplia del cuerpo. Bartleby no dice mucho; pero con la voz y el cuerpo ocupa el despacho de su empleador. Como dice cuando éste llega, «aún no, estoy ocupado». El juego de palabras de Bartleby aquí y la agramaticalidad en otras partes puede hacer estallar el significado, pero es de su cuerpo del que al final habrá que encargarse. En última instancia, a sugerencia del casero del abogado, Bartleby es enviado a la cárcel. Allí malvive, cual vagabundo, hasta que finalmente, como el artista hambriento de Kafka, se desliza a la no vida. Su antiguo empleador lo descubre «extrañamente encogido junto a la pared, con las rodillas acucilladas y tendido sobre un costado, la cabeza tocando las frías piedras». En la muerte, Bartleby asume una posición fetal, personificando el fin de la vida en una forma de «previda»; u *homo sacer*; matado pero no sacrificado.

Pero si Bartleby consigue inquietar y obstruir, y sin embargo sucumbe a la nuda vida, la figura de Mackandal en *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier ofrece otra solución, una solución que podría tomarse metafórica o históricamente. Líder de una de las rebeliones prerrevolucionarias de Santo Domingo, Mackandal es la viva personificación de la política fundida con la hechicería. Capturado y condenado a morir en la hoguera, el auto de fe de Mackandal es observado tanto por los hacendados como por los esclavos. Los primeros ven su cuerpo consumido por el fuego; los segundos ven el cuerpo y las llamas metamorfosearse en mariposa. Ni mártir heroico ni víctima propiciatoria, Mackandal acaba convertido en mito. Más allá de los detenidos aherrojados, de los sospechosos entregados, de las pirámides corporales de Abu Graib, podemos estar seguros de que el sistema de Guantánamo está produciendo –en los callejones de Ciudad Sader, en los suburbios de Gaza, en las callejuelas de Kabul– una nueva generación de mariposas feroces.